

ACTORES Y ACTRICES

EL CARRO DE LA FARSA EN LA PLAZA MAYOR

RAMIRO CRISTOBAL

Y quien piense, desde un escenario, que el público es una tanda de cabezas vacías y de bolsillos llenos, hace oposiciones, también al purgatorio de los negocios.

Como pueden comprobar los que lean las manifestaciones que hemos transcrito de un grupo de actores, verán que las cosas han cambiado considerablemente. Los actores y actrices, hoy, aspiran a bastantes más cosas que a encandilar a bobos. Tanto si son veteranos de muchos años como de menos se plantean diariamente el reto de su actuación renovada; respetan a un público progresivamente más culto y por tanto crítico, quieren decir cada vez más cosas, hacer papeles más difíciles e incluso desdoblarse en otros medios de comunicación. La marcha de la sociedad

les está pidiendo cosas y creo que están respondiendo adecuadamente.

Por su parte la gente que va al teatro y que por tanto sostiene parcialmente el hecho teatral está formado en buen número por las generaciones que vieron mucho cine y mucha televisión. Es difícil resistir a la comparación y exigen que desde el escenario no les den menos de lo que acostumbran a ver por esos mundos.

En medio, queda, como ya dijimos, el Estado y su Ministerio de Cultura, que no acaba de enterarse dónde están unos y otros. Como de costumbre trata de actuar con la solemnidad del gran maestro, del que todos ríen cuando vuelve las espaldas. Pero, esto es otro asunto que, por sabido, se calla.

Testigos de descargo

Un buen día, los cómicos de la legua llegaron con sus carros a la Plaza Mayor. Venían de muy lejos; de la larga noche de la intolerancia nacional y hubieron de hacer un prolongado camino, fatigoso, bamboleándose entre sus pettechicos y sus viejos textos que hablaban de personajes prohibidos.

Se instalaron, pues, entre nosotros y algo cambió en el pueblo. Fue algo que ocurrió sin darnos cuenta, como una buena brisa en llano sofocante, como una palabra amable en el ceño y la prisa de todos los días. No hay ni que decir que la dictadura trató de hacerlos callar o convertirlos en payasos. A elegir por el usuario. Lo peor es que la gente, en muchos casos, se hizo cómplice de este piadoso trajinar de los poderes instituidos.

Actores y actrices, eso sí, debían vivir al margen de los demás. Si se les permitía ser enterrado en sagrado era por un alarde de magnanimidad. Apartados, sí, pero omnipresentes: había que contarles las arrugas y las amantes; los hijos, los coches y los zapatos; las pieles y los viajes; las palabras y las sonrisas. Todo era un

espectáculo público y todo era objeto de comentario.

Afortunadamente, tanta tontería fue estrellándose contra el buen sentido común de los mejores. Como ocurre casi siempre en este país se dejó al margen a quien debía estarlo, es decir, al Estado y a su Gobierno, para entrar en una adecuada relación entre los actores y el público. Ellos salvaron el bache y el honor.

Por parte de los actores hubo que empezar de cero, aprendiendo a ser profesionales sin escuelas y sin dinero. Se hicieron autodidactas y aprendieron con los maestros. El público tuvo que ir dejándose de historias y de revistas del corazón para ver teatro si es que querían verlo. Además la gente aprendió a vivir ella misma, y el mito de la vida libre, marginal, de los actores, dejó de tener la importancia insalvable que se había pretendido.

Pocos o muchos, eso ya es otro cantar, se fue formando un núcleo de trabajadores del teatro que representaba para otro grupo de trabajadores de otras cosas; ambos podían ya mirarse cara a cara sin envidias ni actitudes morbosas. Los que han ido quedando en uno y otro bando, ape-

gados a la vieja escuela, merecen de pleno derecho la medalla a la estulticia nacional. Quien crea hoy, que los actores son semidiosos, a caballo entre la bohemia y la orgía sexual, tiene bien merecida su mediocre existencia.

Durante quince días traté de ponerme en contacto con un crecido número de actores y actrices españoles. Sin duda me habría gustado, en este caso, contar con una muestra más nutrida de profesionales. Desgraciadamente es ésta una profesión de residencias y horarios incómodos. Varios de los actores contactados estaban de viaje o se disponían a emprender uno; otros, representaban por la noche y rodaban películas por el día; naturalmente se resistían, con uñas y dientes, a gastar sus pocas horas de tranquilidad con personas ajenas; otros, por fin, fueron imposibles de encontrar tras una maraña de representantes y secretarios.

Por todo ello es más de apreciar que cuatro primeras figuras dedicaran un rato a hablar de su trabajo y de sus proyectos. Fueron estos:

Irene Gutiérrez Caba, Concha Velasco, José María Rodero y José Sacristán.



«A veces —dice Irene Gutiérrez Caba— tomas partido por una determinada parte del texto, o en ocasiones te identificas con esa parte del público con el que estás más de acuerdo.» En escena, la actriz interpreta «La visita de la vieja dama», de Dürrenmat, para televisión.

Los comienzos

Unos son vocacionales y otros llegaron al teatro por casualidad, pero todos se formaron sobre el autodidactismo. Todos miraban con una mezcla de admiración y envidia como el primer actor se llevaba los aplausos y trataban de imitarle. Unos y otras desde sus modestos papeles de doncella o extra contratado, probaban a captar una técnica.

«La formación de los actores, cuando yo empecé, era totalmente autodidacta; desde los bastidores observábamos cómo trabajaba el primer actor o el que creíamos que lo hacía mejor, que no siempre era éste. Ahora creo que hay academias de arte dramático, contra las que tengo alguna prevención. Parto, desde luego, de que un actor cuanto más sepa, mejor, pero las academias tienen tendencia a practicar un determinado método de interpretación que no es válido para todo. En fin, creo que una cosa y otra es sólo un punto de partida. Al cabo de unos años no existen grandes diferencias entre los que provienen de academias y los que

se formaron a sí mismos.» (José Sacristán.)

«Yo siempre quise trabajar en el teatro. No veo mi vida sin esta actividad. Cuando era pequeña ya cantaba y bailaba y mis padres opinaban que lo hacía bastante bien, así que mi madre me trajo a Madrid para que estudiara baile clásico. Unos años más tarde empecé en el teatro, primero en la revista y luego en papeles más serios. Yo aprendí de todos los actores con los que trabajé o simplemente vi trabajar: Fernán Gómez, Marsillach, Rodero, Ismael Merlo, Dicenta, etcétera, y entre las mujeres Mary Carrillo, las Gutiérrez Caba y Milagros Leal, a la que vi en sus últimas interpretaciones poco antes de morir. También tengo que decir que muchos de los actores que me maravillaban por su forma de trabajar, luego me decepcionaron profundamente cuando los conocí personalmente. Una excepción a esto fue Adolfo Marsillach, al que cuando traté más con motivo de «Yo me apeo en la próxima, ¿y usted?», yo pensaba «ahora se me va a caer Adolfo.» Y no fue así, resultó ser tan importante en

su forma de ser como en la de interpretar.» (Concha Velasco.)

«Yo provengo de familia de actores, así que toda mi vida estuvo ligada al teatro. He hecho todos los géneros, incluido teatro infantil y luego he seguido durante treinta años. Sólo un tiempo hice mucha televisión y dejé de hacer giras: era cuando mi hijo era pequeño y me pareció una buena solución para que el niño no se quedara solo. En cuanto a la forma de actuar la aprendí de todos los actores de más edad que yo. Recuerdo particularmente a Catalina Bárcena, a la que vi haciendo de adolescente teniendo casi sesenta años y era algo maravilloso ver cómo con su arte hacía olvidar esa enorme diferencia de edad.» (Irene Gutiérrez Caba.)

«Yo me encontré dentro del teatro por casualidad. Cuando estaba estudiando unos compañeros y yo nos presentamos como extras en el Español y como por juego nos quedamos. Después, quise simultanear el teatro con los estudios, y al final descubrí que esto era imposible. Además me enamoré de una chica y esto fue otro motivo para quedarme. Yo no aprendí de nadie en concreto. Fui totalmente autodidacta. Me fui fijando en varios actores: en primer lugar en Paco Melgares, en otros también, pero primero en Melgares; luego Rafael Rivelles que decía el texto muy bien y con mucha elegancia, era el castellano puro en escena.» (José María Rodero.)

La timidez del actor

La personalidad del actor presenta ciertos aspectos inesperados, si tenemos en cuenta la profesión que ejerce y la imagen que da ante la sociedad. Una de éstas es la de su autoconfesada timidez. Es casi general que los actores se consideren tímidos, y, probablemente, lo son.

«¿Es el actor una persona tímida? Pues yo creo que sí. Y en mi opinión hay un buen motivo para esto: la falta de consideración y de respeto social en que vive en España. En general hay una gran falta de respeto hacia el actor que no tiene nada que ver con su valía. Para mucha gente el actor es una cosa simpática, grata, pero nada más, nada respetable. Así que no me extraña nada que el actor acabe refugiándose en la timidez, encerrándose casi en una especie de marginación.» (José María Rodero.)

«El actor es tímido, aunque probablemente menos de lo que dice. Ya el hecho de salir ante un público para

hacer algo implica una cierta vanidad. En mi caso concreto sí es así. Yo soy una persona muy tímida que ensayo muy mal. Paso un miedo terrible de tener que hacer algo ante un director. Sólo cuando siento que hay más gente me siento más segura, me crezco» (Concha Velasco).

«Yo sí soy tímido, lo que pasa es que mis personajes hacen de terapéutica. Ellos son mi escudo y mi defensa de la timidez. Fijate que el otro día tuve que presentar la última novela de Eduardo Mendoza y estaba materialmente temblando, hubiera preferido hacer Otelo o dos Hamlets seguidos, lo que fuera. ¿Por qué? Porque el que estaba presentando el libro era Pepe Sacristán, tímido y acojonado. Ahí sí era yo». (José Sacristán.)

El gran desafío

¿Por qué actúa un actor? ¿Qué le mueve interiormente a enfrentarse con el público que, según propia confesión, le produce un miedo espantoso? Motivos económicos aparte, ¿qué le hace continuar en el oficio? La respuesta está entre otras cosas en el gran desafío.

«Mi trabajo es un desafío a mí mismo. Lo que ocurre es que esto es un primer paso para comunicarle algo a alguien. Pero en principio, el trabajo lo hago para mí y, si tiene interés para los demás, maravilloso y si no, mala suerte. Pienso que el artista debe ser un hombre comprometido con su tiempo pero lo que hace debe salirle de las tripas. Si esto no es así, por muy importante o progresista o lo que sea, lo que se diga, será, en definitiva un panfleto, no un trabajo profesional» (José Sacristán).

«Lo importante es la calidad del trabajo. A mí me molesta mucho los actores que hacen las cosas a regañadientes, porque pienso que no son profesionales. Odio también al actor que sale a rezar su papel. Es nuestra obligación cuestionarnos día a día nuestra forma de actuar y tratar de mejorarla. Recuerdo siempre a Manuel Dicenta haciendo un papel corto en «Las cítaras colgadas de los árboles» y haciéndolo, noche tras noche, de forma distinta; y lo mismo ocurría con Berta Riaza en la misma obra. Yo los veía y pensaba que esos sí que eran artistas». (Concha Velasco.)

«Es curioso. Hay quien dice que en los genes ya está la posibilidad de que una persona llegue a ejercer una cierta profesión. En mi caso no hubo nada de eso: ningún pariente ni antepasado relacionado con el teatro. Yo



«Yo empecé porque me ganó el ambiente, las posibilidades; la vanidad, quizás.» José María Rodero interpretando «El concierto de San Ovidio», de Buero Vallejo.

empecé porque me ganó el ambiente, las posibilidades, la vanidad, quizás. Ahora me desafío a mí mismo cada vez que hago una obra. El texto desde luego es importante, pero el actor puede transformarlo» (José María Rodero).

«El interpretar es una técnica, jamás una rutina. Lo que ocurre es que a veces tomas partido por una determinada parte del texto o, aún más, notas que un sector del público reacciona de una manera ante una parte del parlamento que estás diciendo y otro con otro. Pues bien, en ocasiones te identificas con esa parte del público con la que estás más de acuerdo. Es como una especie de magia, de corriente de simpatía, por así decirlo.» (Irene Gutiérrez Caba).

«En un principio yo pensé que servía para este oficio y sin falsa modestia creo que fue así. Entre otras cosas serví para ser actor aunque sólo fuera para que un día mis hijos no se tuvieran que avergonzar de verme sobre un escenario haciendo el ridículo. Que no tuvieran que pensar que yo era alguien mediocre.» (José María Rodero.)

Sobre el escenario

La hora de la verdad, las cinco de la tarde del actor, es el momento en que se sube al escenario y se enfrenta al público. El simulacro no es gratuito: ambas profesiones tienen más de un punto en común. Así ven esa hora de terror y gloria, los propios protagonistas.

«A nosotros nos pasa lo que a los toreros, que el miedo se pasa antes, en el hotel. En el escenario el público es un niño y el oficio de actor es atenderle, mimarle y darle lo que quiere. En definitiva, y esto quizá no debería decirlo, saber engañarle. Lo malo es que como todos los niños el público puede ser muy cruel y destrozarte de un manotazo si no le das lo que quiere» (José María Rodero.)

«Al público le necesitamos. Si sólo fuera por el hecho de interpretar dejaríamos el teatro por la televisión y no es así. Yo a veces le temo y siempre es imprevisible. Me produce un gran respeto. Como esos días en que notas que no se identifica con lo que le quieres decir; entonces percibes que algo va mal y te sientes

incomprendido. Claro que de unos días a otros y de un público a otro, van diferencias enormes. Eso lo percibes tú, que unos días la relación es más cálida o más emocional» (Irene Gutiérrez Caba).

«Para mí el público es una enorme responsabilidad. Y también miedo. Yo soy valiente en la vida y cobarde como actriz. Siento miedo de que el público me vaya a volver la espalda en un momento dado, porque sé muy bien, que en esta profesión el éxito es algo pasajero. En cuanto a la materialización del público para mí no es nada. Yo no veo al público, en parte porque soy miope y en parte porque no debe vérselo» (Concha Velasco).

«Yo, desde el escenario, no me enfrento con el público: somos mis personajes y yo. Hay un acuerdo, algo mágico, un hecho inteligente, voluntario, pasado por el subconsciente, según el cual todos sabemos que yo soy alguien haciendo de alguien, pero que al mismo tiempo nos ponemos de acuerdo, el público y yo, para admitir que quien está actuando es el personaje. Por eso cuando yo subo a un escenario y me sé el papel ya no tengo miedo. Inconscientemente creo que a quien se está escuchando o juzgando es al personaje» (José Sacristán).

Entre la gente

Cuando los actores salen del teatro se enfrentan a otra clase de problemas personales. Son, claro está, de índole muy variada que va desde el obligado tributo a su mitificación, hasta su difícil integración en la sociedad de clase media que es donde les corresponde por nivel económico.

«Yo creo que mi vida privada está por encima de mi vida profesional. A veces nos sentimos en un escaparate, como los monitos del zoo y esto a veces nos gusta y otras no. Sabemos muy bien que estamos catalogados por el público y esta etiqueta no te la quitan fácilmente ni te perdonan el cambio de imagen. A mí, muchas veces, me dicen "Pero, ¿cómo ha hecho usted tal cosa siendo como es usted?". Y claro, ni soy como piensan ellos ni representa un cambio hacer otra cosa. Sigue habiendo mucha gente que creen que somos como el perso-

naje que hacemos. Esto es natural, la gente te mitifica porque necesita mitos.» (Irene Gutiérrez Caba).

«Nosotros seguimos arrastrando la leyenda del cómico de la legua. Ya te dije antes algo de la falta de consideración social en que vive el actor. Quizá, por eso, el actor tenga tendencia a refugiarse entre los suyos, a formar un mundo aparte: a casarse entre ellos y a ser amigos entre ellos. Cuando hay un matrimonio de un actor con alguien ajeno a la profesión, inmediatamente se produce una curiosidad morbosa y una inquietud. Es el caso de Raphael y Natalia Figueroa, aunque la familia Romanones siempre ha sido considerada por la gente

como próxima al mundo artístico y un punto extravagante.» (José María Rodero).

«Cada vez nos entendemos mejor con la gente. Noto que hay como mayor respeto. Hasta tal punto es así que a veces pienso que nos hemos integrado demasiado deprisa y que hemos perdido demasiado pronto el mito. Y esto me preocupa.» (Concha Velasco).

«La gente nos va admitiendo, aunque aún te encuentras personas que te dicen «¡Ah, usted es Pepe Sacristán. Pues es usted muy normal». En cuanto a la cuestión de si seguimos siendo divos, yo te diría que aunque quisiéramos es cada día más difícil serlo.»



«Estamos pasando por un mal momento. Ha habido una época brillante hacia el principio de los setenta, luego vino una época de confusión... El espectador esperaba algo nuevo y no se lo supimos dar.» Concha Velasco en «Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?», de Marsillach.



«La ley de la oferta y la demanda en el teatro sigue funcionando bajo los mismos esquemas y la clase que puede ir al teatro exige un determinado tipo de respuesta.» José Sacristán interpretando «El proceso», de Kafka, en versión de Weiss.

Hoy en día, la televisión y el resto de los medios de comunicación acercan de tal modo a la gente que cada vez hay menos divos. Pero esto no sólo los actores, sino los políticos y los obispos. El otro día, el Papa da un bostezo y sale en todas partes. El trabajo del actor, afortunadamente, se ha domesticado y ha perdido poder de convocatoria para cederle el sitio a lo que hace y dice. Esto es bueno, lo de antes tenía algo de morboso: la gente quería ver en el actor las cosas que le faltaban a ella.» (José Sacristán).

«A mí me encanta estar en un escaparate como suele decirse. A mí me gusta que me tuteen e incluso me halaga. La gente me sigue llamando "Conchita" y desde luego no me importa que me conozcan y me hablen. Yo creo que es un poco falso lo que dicen de no poder apartarse de la curiosidad del público. Si se quiere estar solo hay lugares y ocasiones.» (Concha Velasco).

El público de antes y de ahora

La otra cara del hecho teatral es el público. Como tantas cosas en estos años, sigue sin clarificarse, de forma patente, como es éste colectivo, más o menos coyuntural, de personas que pagan una entrada para ver una representación teatral. Tampoco los actores están muy de acuerdo en este punto.

«El público cuando yo empecé era más infantil que el de ahora. Entonces no había televisión ni tanto contacto con el extranjero. Se conformaba con textos más simples y, en general tenían

menos conocimientos. No hay que olvidar que la cultura ha dado un gran paso en este país en las últimas décadas.» (José María Rodero).

«Antes había ese público de clase media, que tantas veces ha sido calificado peyorativamente. Pues ese público burgués era el que fundamentalmente llenaba los teatros y el que lo sigue haciendo. Hay, es cierto, una parte de público más joven, pero no es suficiente para tomar el relevo del otro. En resumen, yo creo que ahora coexisten dos tipos de público.» (Irene Gutiérrez Caba).

«Yo creo que ahora ya va yendo gente más joven y no sólo universitarios, sino incluso, también, gente trabajadora. Lo peor es que no se ha creado un gusto por el teatro en sí. Hubo unos años en que hacer teatro de denuncia era necesario, pero esto no creó un gusto por el teatro como espectáculo. Por eso continúa siendo mayoritario el público de siempre, es decir de edad y de clase media, entre el que, por cierto, existe gente muy entendida.» (Concha Velasco).

«Yo no creo que el público de los sesenta fuera fundamentalmente distinto al de ahora. También debo confesar que entre el año 72 y el 79, no hice casi teatro y perdí un poco el hilo del público, pero no creo que ni cuantitativa, ni cualitativamente el público haya variado demasiado. La ley de oferta y demanda en el teatro sigue funcionando bajo los mismos esquemas y la clase que puede ir al teatro exige un determinado tipo de respuesta al empresario, al promotor y al actor. La media general del público es de... no diría que de mediocridad, pero sí de ir tirando.» José Sacristán.

«El público de ahora es bastante distinto. Es, para empezar, mucho más difícil porque sabe más. Ahora ya pide al actor que le divierta o que le emocione, pero a mayores niveles. Ya no pide que le cuentes un chascarrillo, sino que tengas sentido del humor. Un público juvenil se está acercando al teatro, de eso no cabe duda. Y no vale decir que vaya sólo la burguesía porque ésta por sí sola no llenaría los teatros.» (José María Rodero).

La crisis de nunca acabar

El que más o el que menos empieza a ver un poco de esperanza al final del camino. Para empezar está claro que el teatro pasa por una crisis, pero no parece que esta tenga consecuencias mortales sino simplemente de crecimiento y adaptación. Estas han sido las opiniones en torno al tema.

«La crisis del teatro es, yo creo, sólo una parte de la crisis general. No es que todo funcione aceptablemente y de repente el público diga «Pues ahora no vamos al teatro». No es así, es parte de la crisis de una sociedad, de la falta de adecuación entre el hecho real y el hecho teatral. Es crisis de dinero, de ideas, de desinterés. El proceso es el siguiente: la gente se enfrenta a un precio de una entrada que ya es caro y luego se pregunta qué le van a dar a cambio de ese dinero. Hay un problema sin resolver que es cuál es la oferta cultural del teatro. A mí me duele decirlo, pero en los siete años que llevamos de democracia no se ha producido en absoluto una política cultural consecuente y, por tanto, el

teatro, además de caro y lleno de problemas, sigue sin encontrar el camino hacia la gente.» (José Sacristán).

«Estamos pasando por un mal momento. Ha habido una época brillante hacia principio de los setenta. Luego, tras la caída de la dictadura, vino una época de confusión, en la que predominó la procacidad y el desnudo, pero eso también pasó. El espectador esperaba algo nuevo y no se lo supimos dar.» (Concha Velasco).

«El teatro no ha creado afición. En parte porque, absurdamente, ha estado prohibido para los menores de dieciocho años. Yo recuerdo que antes de la guerra iba con mi abuela al

teatro y eso creó en mí una enorme afición. Eso se les ha negado a los niños y a los jóvenes de todo este tiempo. Por otro lado, al público que iba de siempre ya no se le da los textos que le gustan y por eso va cada vez menos. De manera que estamos perdiendo el público tradicional, sin ganar uno nuevo.» (Irene Gutiérrez Caba).

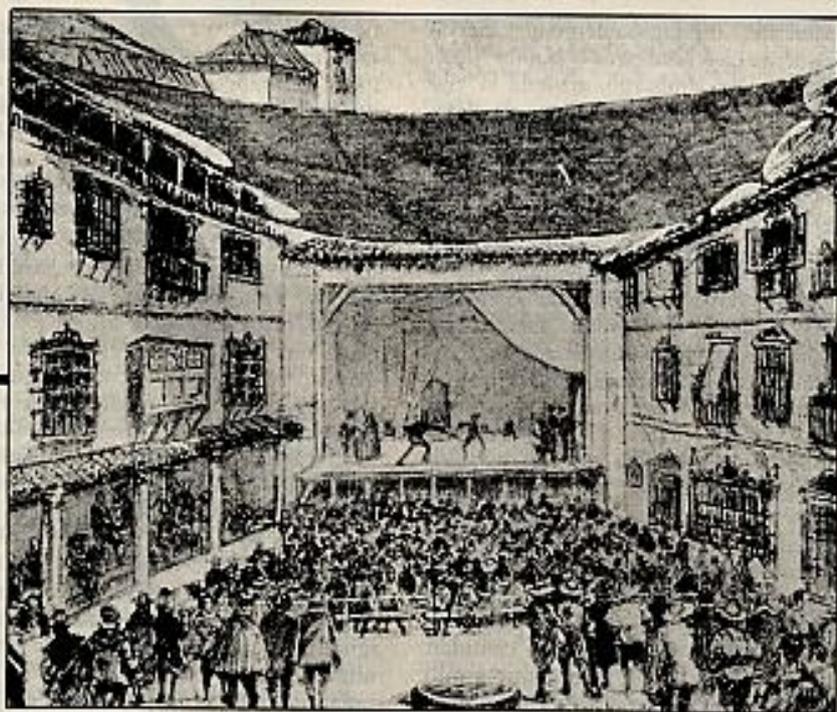
«Sólo hay un problema en el teatro: el económico. Este es un país pobre en el que se vive como ricos y las butacas del teatro siguen siendo caras para los jóvenes. Por otro lado, hay también crisis de autores, pero no sólo en España, sino en el mundo entero. Se escribe menos para el teatro y peor.

Probablemente la situación inquieta del mundo hace a los escritores desviarse del hecho teatral en sí.» (José María Rodero).

«Yo no sé si habrá buenas intenciones en la Administración, pero la verdad es que la política de ayudas al teatro apenas se notan y las que llegan, al no representar una política cultural estructurada, acaban por no valer para nada.» (José Sacristán).

«El Gobierno da algunas ayudas al teatro, que nosotros llamamos, en broma, *la limosna*. Sin embargo, hay un terrible problema de impuestos que gravan al teatro y por ahí sería por donde deberían ir las ayudas.» (Concha Velasco).

«La Administración está dando una enorme ayuda al teatro. Nunca se ha concedido al teatro tanta atención y tanta ayuda económica. Otra cuestión es si se hacen bien. Yo creo que la Administración tampoco pide la opinión de los actores para dirigir bien su ayuda, porque, en el fondo, le pasa lo que a todo el mundo, que nos sigue creyendo incapaces de opinar con buen sentido. Comparte la actitud despectiva hacia el actor del resto de la sociedad.» (José María Rodero).



Teatro antiguo del Príncipe (1660).

De profesión sus papeles

Como en casi todas las ocupaciones de carácter profesional, el mundo de los actores tiene un elemento común y ampliamente predominante: el paro. No sé si hay estadísticas sobre el tema, pero según diversos testimonios, habrá unos cuatro actores parados por cada uno que trabaja. Los más afortunados entre los desempleados malviven a costa de pequeños papeles en televisión o en los doblajes.

En cuanto a los que trabajan y, fundamentalmente, los que se mantienen en la primera línea, ya es otra cuestión. Viven con desahogo, aunque muy raras veces se hacen ricos. En casi ningún caso, a no ser por matrimonio, actores y actrices han podido dejar su profesión. Ellos suelen decir que una corta temporada sin hacer teatro es buena, pero seis meses sin trabajo comienza a ser angustioso.

Esa sensación de desamparo se va acentuando a medida que los actores van teniendo más años. Una primera figura de la escena le quedará una jubilación

novedoso para la profesión. Hace treinta años ni siquiera los de primera línea conseguían esa cotas de bienestar.

Por lo demás, lentamente, los actores han ido logrando mejoras salariales paralelamente a su propio respeto. Ya ningún actor o casi, se resigna a la vieja bohemia de viajar en autobuses cochambrosos y vivir en malas pensiones de pueblo. Ahora se pide un salario mínimo y decente, un alojamiento adecuado y un traslado más o menos cómodo. Esto ha sido muy cuestionado porque quizá ha impedido la posibilidad de que haya más trabajo, pero los actores se han mantenido firmes y han reivindicado los logros sociales ya conseguidos.

La contrapartida ha sido un aumento de los costos que, por ejemplo, ha frustrado a muchos actores a formar su propia compañía. Hoy, esto es prohibitivo, mientras que hace unos años con relativamente poco dinero podía hacerse.

El oficio de actor, como ha dicho alguno de los entrevistados, forma parte de la crisis general. Su lucha por el perfeccionamiento y por la dignidad debe considerarse, no obstante, auténticamente ejemplar. ■ R. C.

de 16.000 pesetas mensuales y en consecuencia su porvenir será seguir trabajando y, en último término, acabar sus días prácticamente sobre el escenario.

La minoría que está entre los famosos, en una edad buena y bien cotizado, suele llevar una actividad febril, simultaneando teatro, cine y televisión. El resultado es que mantienen un muy aceptable nivel de vida, lo que resulta